

NADEZHDA GORODETSKI

EL CRISTO HUMILLADO

ENSAYO DESDE LA LITERATURA
Y EL PENSAMIENTO RUSOS

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Traducción de Ramón Jimeno Sánchez sobre el original inglés
The Humiliated Christ in Modern Russian Thought, London 1938

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010
García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1744-4

Depósito legal: S. 1264-2010

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A., Salamanca

CONTENIDO

BREVE NOTICIA SOBRE NADEZHDA GORODETSKI por Ramón Jimeno Sánchez	9
---	---

EL CRISTO HUMILLADO

INTRODUCCIÓN	11
El objetivo de la obra	11
El método	14
1. LA ACEPTACIÓN DE LA HUMILLACIÓN COMO UN IDEAL NACIONAL Eslavófilos y occidentalistas	17 19
2. EL IDEAL DE SANTIDAD EN LA LITERATURA RUSA	45
3. LOS RASGOS CRISTIANOS DEL MOVIMIENTO RADICAL	99
4. LA APLICACIÓN MORAL Y DEVOCIONAL DE LA HUMILLACIÓN	123
5. ESCRITOS DOCTRINALES SOBRE LA «KÉNOSIS»	159
6. CONCLUSIÓN	211
<i>Índice de nombres</i>	219

BREVE NOTICIA SOBRE NADEZHDA GORODETSKI

Ramón Jimeno Sánchez

Para muchos rusos que se vieron obligados a abandonar su patria a partir de 1917, el exilio representa un lugar común que ha determinado su existencia, su condición y su perspectiva. Para otros, el reverso del exilio lo ha constituido la vida dentro de Rusia. Allí la ingeniería social del experimento comunista se esforzó por eliminar dimensiones fundamentales del hombre como la religiosa. Y en gran parte lo logró, al menos en la medida en que el ser humano puede conseguir algo. Con todo, mientras que en Rusia la Iglesia entera sin excepción se refugiaba en las catacumbas, surgieron fuera del país figuras que lucharon por mantener y dar a conocer la tradición cristiana oriental.

Nadezhda Gorodetski (Moscú, 28 de julio de 1901 - Oxford, 24 de mayo de 1985) pertenece al grupo de los exiliados. Como tantos otros, desarrolló su actividad académica y su obra fuera de Rusia. Había nacido en una familia que apreciaba la cultura: su madre era artista y su padre ejercía el periodismo. Tras huir del país en 1919, la joven Nadezhda vivió en Zágreb hasta 1924. De allí marchó a París, donde participó en sus círculos literarios, de manera especial en el Estudio Franco-Ruso. En esta época nace su admiración por Charles Péguy, a quien compara con Tolstói y Blok, representantes los tres del aprecio y la promoción de la cultura de sus países.

Invitada por el matrimonio Zernov, Nadezhda se traslada a Inglaterra en 1934. Allí colabora con la Comunidad de San Albán y San Sergio, institución ortodoxa que promueve el diálogo ecuménico entre los cristianos. Tras estudiar tres años en el Instituto de teología de Birmingham y graduarse por la Universidad de Oxford, publica *El Cristo humillado* (Londres 1938). Esta obra contiene, aparte de las líneas maestras de su pensamiento, el germen de su tesis doctoral, defendida en Oxford en 1944.

Nadezhda Gorodetski fue la primera mujer que obtuvo el cargo de profesora titular de teología en la Universidad de Liverpool. Además de desarrollar una intensa actividad docente en este campo, impartió clases de literatura rusa y pronunció conferencias en distintas universidades, entre las que destaca Berkeley (Estados Unidos). Por aquel tiempo redactó su segunda gran obra, *San Tijon de Zádonsk como inspiración de Dostoievski*, que vio la luz en Londres el año 1951.

Poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial (1939) y al amparo de la Comunidad de San Albán y San Sergio, Nadezhda fundó una residencia para estudiantes ortodoxas. Al finalizar la contienda, promovió la fundación de otro convictorio para jóvenes ortodoxos. Precisamente en este segundo centro conoció a quien puede considerarse su padre espiritual, Lev Gillet (que alcanzó fama bajo el pseudónimo: «Un monje de la Iglesia Oriental»). Siendo un religioso católico, se había convertido a la ortodoxia para vivir desde las dos orillas. Primer rector de una parroquia ortodoxa en París (Sainte Geneviève), desarrollará su labor en Oxford –también en el seno de la Comunidad de San Albán y San Sergio– desde 1938 hasta su muerte en 1980.

La influencia del padre Gillet en nuestra autora se concreta en su aprecio por algunos elementos esenciales de la tradición cristiana oriental. Uno de ellos es la «oración de Jesús» o del corazón, inspirada en la recomendación paulina de «orar en todo momento» (1 Tes 5, 17). Tal práctica, lejos de ser un anacronismo –también cultural–, se revela como un medio adecuado para hacer presente a Dios a lo largo del día, invocar continuamente el nombre del Señor Jesús e intentar la santificación en medio de la sociedad moderna.

Lo apuntado hasta aquí permite entender por qué incluso desde el exilio esta intelectual ortodoxa siguió tan vinculada a su país de origen (en el que permaneció su madre) o comprender por qué su obra ha seguido siendo un observatorio privilegiado para estudiar la relación entre religiosidad y literatura, que en Rusia nunca ha dejado de existir.

No puedo concluir esta breve reseña sin recordar el gran valor del libro que presentamos. A lo largo de sus páginas, el lector es invitado a tomar conciencia de la urgente necesidad que tiene la Iglesia de respirar con sus dos pulmones: el oriental y el occidental (Juan Pablo II). Dos pulmones y un solo corazón.

INTRODUCCIÓN

EL OBJETIVO DE LA OBRA

El título de este libro, aun cuando pudiera parecer impreciso, expresa de manera adecuada nuestro propósito. Por lo que respecta a su tema central, la «kénosis» o autohumillación de Cristo, no es nuestra intención abordarlo en primera instancia desde la perspectiva teológica, sino desde otra más genérica y cultural. En efecto, mucho antes de que el pensamiento ruso estuviera lo bastante maduro como para intentar una comprensión más profunda de la doctrina de la kénosis, la actitud del pueblo ruso se nutría y tomaba impulso de la llamada evangélica a la mansedumbre, la pobreza, la humildad y la obediencia. En ese sentido, hemos de confesar que la popularidad de los personajes que a lo largo del tiempo han representado tales actitudes en la historia, en la literatura o en la vida cristiana, se nos reveló desde nuestra juventud como materia suficiente para realizar un estudio. Dicha convicción, lejos de irse desvaneciendo con el paso del tiempo, ha crecido en nuestro interior a la par que la veíamos desarrollarse en el pensamiento y el carácter (idiosincrasia) de la nación.

Durante la elaboración de nuestro ensayo, ha sido irrelevante conocer si existió o no alguna corriente similar en Occidente o en cualquier otro lugar. Tampoco hemos querido plantear el tema como un aspecto «ruso» en contraposición a lo «no ruso», ni como algo específicamente ruso. Una descripción general de la idiosincrasia nacional y religiosa nos ha parecido demasiado arriesgada, habida cuenta de que Rusia siempre ha sido un ente complejo desde el punto de vista etnográfico, histórico, social y religioso.

Hemos huido asimismo de presentar la doctrina de la *kénosis* —o el carácter «kenótico»— como si fuera la única fuente de inspiración religiosa del pueblo ruso. En efecto, no pretendemos minusvalorar otras muchas y variadas corrientes que son de dominio público, como por

ejemplo la que destaca el papel que la resurrección ha desempeñado en la configuración de este pueblo. Tampoco hemos pretendido rebajar la importancia de determinadas ideas, como el significado cósmico de la encarnación, la esperanza en la transfiguración, las expectativas escatológicas y la concepción de la catolicidad (*sobórnost*) de la Iglesia, en la construcción de la sensibilidad rusa.

Dicho lo cual, y dejando claro que esta enumeración de diferentes aspectos del pensamiento religioso, aun siendo cierta, no es exhaustiva, conviene reconocer que la humillación de Cristo, inconscientemente sentida y expresada en los relatos de algunos personajes históricos, en el folclore o en la literatura profana, y que halla su expresión última en la teología, constituye uno de los rasgos más recurrentes. Por tanto, vamos a abordar todo este material de la vida o el arte sin forzar su inclusión en el esquema de la obra, pues somos conscientes de las múltiples riquezas de la vida y del pensamiento rusos, así como de la inevitable parcialidad de cualquier doctrina considerada de modo aislado. Al mismo tiempo, aceptamos gustosamente el hecho de que el entendimiento humano no puede aspirar a comprender con sus categorías a Aquel que es la Verdad y la Vida. Asimismo, estamos convencidos de que nuestra tarea no consiste en probar que la doctrina de la *kénosis* es la única vía que existe para aproximarse a Jesús de Nazaret. Dicho lo cual, nuestro verdadero y simple propósito consistirá en mostrar cómo fue captada la autohumillación de Cristo por aquellos rusos cuyas obras vamos a examinar. Destacaremos el hecho de que, en el caso de Rusia, su estilo «kenótico» de vida, pensamiento e idiosincrasia, lejos de ser el resultado de una investigación intelectual, es un elemento que precede a la reflexión y a la expresión literaria.

A nuestro parecer, lo esencial del carácter «kenótico» ruso descansa precisamente en el hecho de que no haya existido una doctrina previa sobre el mismo. La intuición y experiencia cristianas descubrieron «el espíritu de Jesucristo» en los evangelios sin plantear un debate sobre cómo adoptó la forma de siervo. Si la experiencia individual de Dios constituye algo muy preciado para nosotros, no lo es menos el espectáculo de una nación que intenta encontrar el camino hacia su Salvador y asimilarse a Él. Esta consideración nos anima a acercarnos a un tema que, desde una perspectiva teológica, ya ha sido abordado por especialistas cualificados. En cierto modo, la presente investigación supone mucho más el reflejo de la actitud devocional de una vida vivida en el

marco de un espíritu «kenótico», que un informe de la propia doctrina, aunque ofreceremos en la segunda parte del libro una descripción de la situación del pensamiento teológico ruso sobre la cuestión.

Pero, antes de nada, conviene explicar la expresión «espíritu, disposición o carácter kenótico». Por *kenotismo* entendemos los rasgos que corresponden al «espíritu de Cristo» de acuerdo con el segundo capítulo de la Carta de san Pablo a los filipenses (Flp 2, 5-11) y el octavo de la Carta segunda a los corintios (2 Cor 8, 9), es decir, la mansedumbre, el autoabajamiento, la pobreza voluntaria, la obediencia, la no resistencia y la aceptación del sufrimiento y de la muerte. Podría incluirse, aunque con reservas, una actitud crítica hacia la razón y la civilización humanas. Las obras que vamos a estudiar aplican estas características tanto a las personas como a los grupos. Haciendo uso de su significado más estricto, esta disposición supondría el seguimiento de Cristo tal como ha sido el caso de algunos santos. Desde una perspectiva puramente humana, el énfasis en los rasgos kenóticos puede parecer algo sin mucha consistencia; pero tomado desde la profundidad del significado que nos ofrecen las Escrituras sagradas, la *kénosis* resulta iluminadora. La gloria de Cristo resplandece en los hombres y los llena de esperanza: lo veremos en los escritos de san Tijon y del metropolitano Filareto. Con todo, también estudiaremos y mencionaremos ejemplos donde esta «disposición kenótica» no tiene nada que ver directamente con las Escrituras ni con lo cristiano: será el caso de algunos líderes políticos.

En la Carta a los filipenses, la expresión «el espíritu de Cristo» equivale por lo general a «humillación». Dicho concepto incluye habitualmente no sólo las cualidades morales de Jesucristo, sino también su vida en la tierra como Jesús de Nazaret, el nacimiento en un pesebre o su humilde condición humana. Hace referencia a la persona de Cristo sometida a las leyes de la naturaleza humana: su crecimiento y desarrollo, su modo humano de plantear preguntas o de admitir su ignorancia ante determinados hechos, su tentación, su oración, su agonía y su muerte. Reservaremos este término de manera especial para aquellos teólogos rusos que han considerado dichos rasgos en los contextos de la moral y de la espiritualidad.

Finalmente, atenderemos a los aspectos técnicos de la *kénosis* o del autovaciamiento de Cristo cuando nos ocupemos de los teólogos que abordan los temas de la doctrina cristológica.

EL MÉTODO

Comencemos respondiendo a tres cuestiones: 1. ¿Por qué empezamos en el siglo XIX?; 2. ¿Hasta qué punto podemos tener en cuenta la literatura profana para ilustrar una idea religiosa?; y 3. ¿En qué medida podemos confiar en la exactitud de las descripciones de los literatos cuando describen la vida o el carácter de los integrantes de un pueblo?

A la primera pregunta responde Maurice Baring: «Para cualquier estudiante de literatura, especialmente para el estudiante extranjero, la literatura rusa comienza en el siglo XIX»¹. Pero para nuestro propósito, la época elegida ofrece un valor mucho mayor que el meramente literario: «El pensamiento ruso únicamente llegó a ser original y creativo en el siglo XIX»². Fue entonces cuando los rusos comenzaron a meditar sobre su tarea como nación, su lugar en Europa y el destino espiritual e histórico de Rusia. Más aún, durante esta época se exhortó a Rusia a convertirse en la «más cristiana de todas las naciones». Incluso para los propios escritores, el siglo XIX ofrece por primera vez una definición de su misión. El propio Aleksander Pushkin (1799-1837) no halló mejores palabras para su misión como poeta que las que inspiraron al profeta Isaías en su vocación (Is 6). Mihail Lérmontov (1814-1841) también identificó la actividad poética con la profética. Y Nicolái Gógol (1809-1852), en los episodios más trágicos de su vida, no dejó de verse a sí mismo como un oráculo de Dios. Recuérdese, en fin, que Fiódor Dostoievski (1821-1881) y Lev Tolstói (1828-1910) compartieron asimismo al cien por cien este punto de vista.

Que muchas de las expresiones culturales de algunas naciones provienen del ámbito religioso resulta, en el caso de Rusia, una verdad indubitable. Desprovista de una herencia cultural previa, Rusia recibió las Sagradas Escrituras y la liturgia en un idioma similar al suyo (el eslavo eclesiástico), y fue en el interior de este patrimonio donde aprendió a pensar. Puede afirmarse, por tanto, que el origen de su cultura no fue meramente religioso, sino marcadamente cristiano.

Sin adentrarnos en el campo de la historia, hemos de considerar que la literatura se convirtió, en la época que nos ocupa, en el único medio de expresión propia. Por ello y por la noble reivindicación de

1. M. Baring, *The Oxford Book of Russian Verse*, Oxford 1924, 14.

2. N. Berdiáev, *El pensamiento religioso ruso en el siglo XIX*: Anales Contemporáneos 42 (París 1930) 309-343, aquí 311 (original en ruso).

los escritores, «la idea clave de la literatura rusa fue religiosa y moral; y se basó en la concepción de la santidad de la persona y de la vida humana en general»³. Y esto fue verdad para la prosa y la poesía.

No obstante, deberíamos preguntarnos si los escritores rusos aludían a Jesucristo de modo específico. Y aunque ciertamente muchos no lo hicieron, nosotros nos esforzaremos por rastrear en sus obras el significado teológico que contienen. No podemos olvidar que la censura política y religiosa fue a menudo un obstáculo para la libre mención de la persona de Cristo; además, la influencia del racionalismo o de una vida mundana pesó demasiado en algunos a la hora de mantener una relación consciente con Cristo. También se dio el fenómeno contrario: hubo autores que fueron incapaces de hablar de Cristo con libertad a causa del excesivo respeto que le profesaban. Pese a todo, Cristo estuvo presente en el trasfondo de cada pensador ruso, y «toda la literatura rusa del siglo XIX estuvo marcada por el tema del cristianismo; se llegó incluso a sobrepasar la región del arte para buscar la acción religiosa»⁴. Esta última razón es la que nos da pie a que citemos la obra de escritores profanos con vistas a ilustrar nuestra tesis.

Podría objetarse que la ficción no es una expresión exacta de la vida o del carácter de las personas; ya hemos mencionado, asimismo, que no pretendemos demostrar que el «carácter kenótico» constituya exactamente el carácter específico ruso. En todo caso, sí podemos mostrar que dicho carácter aparece reflejado en las obras que examinamos. No ocultaremos, en fin, que aquellos que deseen justificar la existencia de un tipo religioso nacional, también pueden basarse en estas obras para argumentar su posición, especialmente en las publicadas durante esta época. Al describir la Rusia de Pushkin, Iván S. Aksákov (1823-1895) dice: «En la interpretación artística de la vida imperaba la exigencia de la simplicidad y de la verdad»⁵. Y esto se aplica, una vez más, tanto a la poesía como a la prosa. Los historiadores de la literatura suelen coincidir en que «los años cuarenta supusieron una ruptura decisiva en la literatura: la conciencia artística de Pushkin sentó las bases de un

3. E. Soloviev-Andreievich, *Resumen de la historia de la literatura rusa del siglo XIX*, San Petersburgo 1903, 4 (original en ruso). Nótese que esta definición procede de un historiador de la literatura que se confiesa agnóstico. Para la poesía, cf. M. Baring, «Introducción» al *Oxford Book of Russian Verse*, Oxford 1924, 39.

4. N. Berdiáev, *El pensamiento religioso ruso en el siglo XIX*: Anales Contemporáneos 42 (1930) 334.

5. I. S. Aksákov, *F. I. Tiútchev*, Moscú 1886, 59 (original en ruso).

realismo que se convirtió en una constante de nuestra literatura», aunque a veces fuera en detrimento de los aspectos formales de la creatividad artística⁶. Hoy muchos estarían de acuerdo con Berdiáev en que el realismo de los escritores rusos fue mucho más profundo que esta definición superficial: «La literatura rusa se hizo realista en el sentido del realismo religioso, ontológico; en el sentido de la contemplación de las realidades más profundas de la existencia y de la vida»⁷.

Por cuanto se refiere al uso de las fuentes, hemos de añadir que se limitan al material disponible en bibliotecas como la Bodleyan y la Taylorian de Oxford y la del Museo Británico. Otros libros fueron consultados en el Instituto de Teología ortodoxa de París, la Biblioteca de la Sociedad Turguénev y la Biblioteca Eslava de los jesuitas en París. Y puesto que la mayor parte de los materiales está en ruso, las referencias a ellos son genéricas.

El origen de este ensayo ha sido una tesis universitaria en Literatura. Por ello, y aunque a veces se introduce información no estrictamente relevante para nuestro tema, hemos pensado que un lector no ruso querría ver el lugar que ocupa la corriente kenótica en el contexto de un movimiento o en el conjunto de la obra de un escritor.

Asimismo, puesto que nuestro estudio es más religioso que literario, habrá momentos en que nos centraremos no tanto en los principales autores, sino en los más representativos para nuestro tema.

Por otra parte, nos ceñiremos al siglo XIX, en especial a partir de 1836. Pero no excluirémos a escritores cuya actividad se prolonga en el XX. Por ejemplo, la primera edición de *La tentación del Dios-Hombre*, de Taréiev, data de 1892, pero su expresión definitiva se halla en *Los fundamentos del cristianismo*, de 1908-1910. Algo similar sucede con *El Cordero de Dios*, de Bulgákov, que vio la luz en 1933.

Deseo expresar, por último, mi agradecimiento a tantos amigos que han hecho materialmente posible escribir este libro. Él es, en gran medida, deudor del afecto, confianza y apoyo de todos ellos.

6. A. N. Puypin, *Historia de la etnografía rusa* I-IV, San Petersburgo 1890; cf., en concreto, el vol. II, 349 (original en ruso).

7. N. Berdiáev, *El pensamiento religioso ruso en el siglo XIX*: Anales Contemporáneos 42 (1930) 336.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Agatón de Roma: 177
Aksákov, I. S.: 15, 21s, 27s, 30-32, 44, 49, 114
Aksákov, K. S.: 21s, 26, 33
Alejandro I, zar: 17, 71s, 137, 147
Alejandro II, zar: 19, 75, 143, 162
Alejandro III, zar: 19, 75
Alexis, san: 144
Ambrosi, padre: 90
Aptekman, O. V.: 113s, 117
Arndt, J.: 128
Arrio: 202
Askochenski, V. I.: 148
Atanasio, san: 195
- Bain, R. N.: 68, 70
Bakunin, M.: 27, 113
Balthasar, H. U. von: 179
Baring, M.: 14s
Basilio el Bendito: 158
Basilio, san: 125
Belinski, V. G.: 35, 40-43, 52, 100, 102, 121, 147, 193
Belyi, A.: 216
Berdiáev, N. A.: 14-16, 99, 147, 159, 192, 216
Blok, A.: 9, 55, 216, 218
Boehme, J.: 194
Bogdanov, D. P.: 90
Bogucharski, V. Y.: 27, 112, 114
Bolojvítinov, E.: 25, 129
Bonwetsch, N.: 190
Boris, san: 126
- Bouyer, L.: 179
Brabant: 199
Brodski, N. L.: 31s
Bronzov, A.: 128
Bruce, A. B.: 177s, 181
Bújarev, A. M.: 41, 63, 87, 147-158, 174, 178, 186s, 189, 205, 209, 213
Bulgákov, S. N.: 16, 19, 82, 91, 147, 159s, 172, 179s, 191-210, 214
- Catalina II, emperatriz: 129
Chaadáiev, P. Y.: 21, 33-35, 113, 117, 169
Chebotárev, V. I.: 132
Chéjov, A.: 194
Chernichevski, N. G.: 121, 148, 152
Chistóvich, I. A.: 137
Cirilo de Alejandría, san: 178, 202, 209
Crossman, L.: 55
- D'Herbigny, M.: 30
Danilevski, N. Y.: 28
Deich, L. G.: 113, 116s
Derzhavin, G. R.: 41
Dobrolúbov, N. A.: 121
Dostoievski, F. M.: 14, 19, 21, 25, 28, 30s, 51, 63, 79-92, 107, 109, 114, 118-121, 126-128, 131, 148, 166, 192, 194, 209
Drozdov, V. M.: 130, 138

- Efrén el Sirio: 25, 120
 Esenin, S.: 217
 Evdokimov, M.: 25
- Faréssov, A. I.: 98, 117, 119s
 Fedótov, G. P.: 25
 Fesenko, I. F.: 117
 Feuerbach, L.: 194
 Field, C.: 47
 Figner, V.: 113, 117-119
 Filareto de Moscú, metropolita: 13, 22, 129s, 136-148, 213
 Florenski, P. A.: 172, 194
 Florovski, G. V.: 17, 27, 49, 112, 128s, 136-138, 145, 147, 151, 157, 190, 194
 Fox, G.: 36s
 Frey, W.: cf. N. C. Heyns
 Frolenko, M. F.: 113, 115
- Gagarin, I.: 33s
 Garnett, C.: 54, 70, 76, 81s, 88
 Garshin, V. G.: 107, 110s
 George Sand (A. A. L. Dupin): 61
 Gershenzon, M.: 34s, 117
 Gide, A.: 217
 Gleb, san: 126
 Glubokovski, N. N.: 136, 138, 191
 Goethe, J. W.: 172
 Gógol, N.: 14, 25, 41, 43, 45-54, 63, 77, 79, 112, 117, 127s, 143, 147, 149, 153
 Gorainoff, I.: 127
 Gore, C.: 202, 204
 Gratieux, A.: 21
 Gregorio Palamas: 195
- Harnack, A.: 125, 127
 Henry, P.: 179
 Herzen, A. I. (Iskander): 33, 35-40, 45, 114s, 119, 148, 194
 Heyns, N. C. (William Frey): 119
- Ignati (Brianchinov), obispo: 95, 124
 Inokenti, obispo: 145
 Ireneo, san: 195
 Ivanov, A. A. (pintor): 147
 Ivánov, V.: 216
- Japgood, I.: 58s
 Jomiakov, A. S.: 21s, 26-29, 147, 180s
 Juan Crisóstomo, san: 146
 Juan Damasceno, san: 177, 195, 198
 Juan Evangelista, san: 133, 193
- Kárpov, A. V.: 147
 Kartashov, A. V.: 124
 Kireievski, I.: 19s, 22, 26, 29, 31, 44, 114, 127, 161
 Kireievski, P. V.: 22, 25
 Koltsov, A. V.: 38
 Koteliansky, S.: 85
 Kovalevski, P.: 93
 Kropotkin, P. A.: 112
 Kulish: 50
 Kuzmich, F.: 17, 71
- Lavroski: 147
 Lavrov, P. L.: 112-114, 116, 121
 Lebedev: 147
 León Magno, san (papa): 135
 León XIII, papa: 76
 Leóntiev, K. N.: 20, 24, 28, 31, 37, 127
 Lérmontov, M.: 14, 18, 46, 51, 115
 Leskov, N. S.: 92-96, 98, 124
 Levítov, A. I.: 104, 106, 208
 Levshin de Moscú: 130
 Lijudi, hermanos (Yánico y Sofronio): 129
 Lodizhnikov: 47s, 52s
 Lot-Borodine, M.: 146
 Lourié, O.: 93
 Lutero, M.: 150

- Málikov, A. K.: 25, 119s
 Marej, campesino: 81
 Martínov, reverendo: 169
 Masaryk, T. G.: 32s
 Maude, A.: 66, 76s
 Máximo el Confesor, san: 195
 McMullan, S. J.: 58s
 Merezhkovski, D. S.: 68, 77, 216
 Mescherski, S. S. (princesa): 128
 Mijáilovski, N. K.: 112s
 Mikulich, V.: 93
 Miller, O.: 80, 82, 86, 90
 Mochulski, K. V.: 49, 160, 164
 Motovilov, N.: 126
- Napoleón Bonaparte: 17, 69, 150
 Naumova, E. S.: 143
 Negrásov, N. A.: 42, 99-104, 114s, 117
 Nelídiv, F.: 42
 Newman, J. H.: 169
 Nicolás I, zar: 18, 95, 103, 137, 144
 Nietzsche, F.: 86, 192
 Nilo de Sora, san: 123, 126, 131
- Ogariov, N. P.: 35, 39s, 115
- Pablo de Samosata: 202
 Pablo, apóstol: 13, 22, 133, 181, 191
 Pecherin, V. S.: 34
 Pedro el Grande, zar: 27, 41s, 127
 Platón de Moscú, metropolitano: 129
 Platón: 163, 194
 Poletáev, M.: 61
 Pomialovski, N.: 107
 Prokópovich, T.: 29
 Pseudo-Dionisio Areopagita: 195
 Pupin, A.: 41
 Pushkin, A.: 14s, 21, 34, 45s, 51, 194
 Puypin, A. N.: 16, 40
- Quénet, Ch.: 35, 117
- Rawlinson, A.: 199
 Relton, H. M.: 201
 Reshétnikov, F.: 105, 107
 Riléiev, K. F.: 115s
 Röhrig, H. J.: 179
 Romanov, D. (príncipe): 144
 Románov, zar Mihail: 26
 Rozánov, V. V.: 90, 216
 Rurik: 26
- Sáltykov-Shchedrin, M. E.: 99, 121
 Samarin, Y. F.: 20, 22, 26s, 29, 44
 Sementkovski, R. I.: 93
 Serafin de Sarov, san: 96, 126s
 Sergio de Moscú: 193, 195
 Sergio de Radónezh, san: 143
 Shestov, L. I.: 69, 216
 Sleptzov, V. A.: 104s, 107
 Smirnov, F.: 22
 Smirnov, S. S.: 130
 Sofronio de Jerusalén: 177
 Sokolov, L.: 177
 Soloviev-Andreievich, E.: 15
 Soloviev, V. S.: 19, 20s, 28-32, 42, 75, 121, 127, 136, 156, 158-172, 174s, 183, 187, 192, 194, 196s, 214, 216
 Stankevich, N. V.: 40
 Strajov, N. N.: 45
 Struve, F. G.: 192
 Sushkov, N. V.: 138
- Taréiev, M. M.: 16, 21, 45, 64, 136, 147, 152, 156-159, 171-191, 199, 205, 209s, 214
 Teodórovna, A. (emperatriz): 144
 Teofán, obispo: 127, 146, 191
 Tihkonravov, N.: 48
 Tijon de Vorónezh (o de Zadonsk), san: 13, 50, 85s, 90, 109, 127-135, 208, 211, 213

- Tiútchev, F. I.: 15, 22-24, 26, 30, 110, 172-174, 212, 216, 218
Tolstói, L.: 9, 14, 19, 31, 45, 51, 63-79, 81-82, 89, 93, 98, 105, 117, 119-121, 127, 162, 186, 194, 208
Tomanitski, P.: 151
Trubetskói, P.: 192
Turguénev, I. S.: 27, 32, 40, 45s, 54-56, 58-62, 72, 91, 103, 105, 116, 148
Uspenski, G.: 99, 104, 106-110, 128
Vednyi, D.: 217
Voloshin, M.: 216
Woolf, V.: 85
Wright, C. H.: 66
Yarovski, S.: 29
Yázykov, N. M.: 21
Zasúlich, V. I.: 115s
Zenkovski, V. V.: 34
Zernov, N.: 123
Zlatovratski, N. N.: 104, 106
Znamenski, P. V.: 147s